

# REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORRESCO DE LITERATURA.

VUM. 186.

MADRID 13 DE JULIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



OID, OID: AQUI SE ENCIERRA LA CIENCIA.

## EL TERRIBLE VENGADOR, ó LOS NEGRITOS.

UN ADIVINO.

No por eso faltó al día siguiente nuestro joven aventurero á la cita que le habia dado el comerciante, y todo sucedió del mismo modo que este se lo habia prometido. En un punto á la Aduana, punto de reunion en Nueva-Orleans de cuantos se dedican al tráfico; su protector lo presentó á una reunion de capitalistas como un hombre de mérito y probidad, pero desgraciado, y todos le invitaron á que dispusiese al fiado de sus almacenes, dándole al efecto cada uno de ellos una tarjeta con las señas de la calle y razon de la casa. Enrique les manifestó su reconocimiento; les dijo que deseaba descansar tres ó cuatro días, durante los cuales deseaba asimismo imponerse del estado de los negocios mercantiles, con el objeto de orientarse á fondo de la clase de giro á que podría entregarse con el menor riesgo, y les aseguró que tendria el mayor placer en visitar sus establecimientos y procurar en ellos las muestras de las mercancías y frutos que necesitase. Puso tambien en conocimiento de aquellos señores que era piloto examinado, y que en clase de tal podian disponer de su persona para cualquier expedicion marítima que se les ofreciese, bien con destino á América ó á Europa, esceptuando únicamente los puertos de España y el de la Habana por razones que habia explicado á su recomendado.

Todavía ignoran nuestros lectores el nom-

bre de este: llamábase Mr. Smith, era millonario y viudo, pero tenia una hija de diez y nueve años citada en la ciudad tanto por su hermosura como por su virtud. Su padre la amaba con la mayor ternura y retardaba su establecimiento por no privarse de su compañía, á pesar de los brillantes partidos que se le habian ofrecido solicitando su mano. Verdad es que Matilde no manifestaba preferencia en favor de ninguno de sus muchos adoradores, pues de lo contrario hubiera sacrificado Mr. Smith los placeres que le proporcionaba su paternal ternura, en cambio de la felicidad de su preciosa hija, porque aunque se creia dichoso con tenerla á su lado, no era tan egoista que desconociese los estragos que causa un amor contrariado en el corazon de una horrada doncella.

Era la hora en que concluidos los negocios se cierra la aduana, ó al menos se retiran de ella los comerciantes de viso: acababan de dar las doce, y Mr. Smith se disponia á volver á su escritorio con Enrique, cuando llegaron á los oídos de este unos desahorados gritos que al parecer salian de una plazuela inmediata.

— ¿Qué es eso? preguntó. ¿Habrá acaecido alguna desgracia?

Sonrióse Mr. Smith, y le respondió:

— Es una cosa que no se vé en todas partes. En París, por ejemplo, recorre las calles una turba de sacamuclas y de traficantes de drogas llevando en pos un endemoniado concierto de trompetas, bombos y platillos; pero nos estaba reservada en este siglo á los que vivimos en Nueva-Orleans la fortuna de poseer un charlatan que dice la buena ventura á todas horas y en todas las plazuelas. Esos gritos los da el tuno de que hablo.

— ¿Y eso se consiente aquí? ¿En un pueblo tan adelantado?

— El mundo siempre es el mismo con corta diferencia, y no todos los entendimientos marchan á la par: siempre habrá ignorantes que se dejan seducir, y atrevidos embaucadores. Además de eso, Vd. vive hoy en un pais verdaderamente libre: no hay industria que no sea permitida por nuestras leyes, y á nadie se incomoda por lo que hace ó por lo que deja de hacer. Unicamente se castigan tres cosas en los Estados- Unidos: una conspiracion contra el gobierno, el robo y el asesinato premeditado. Por otra parte, el adivino en cuestion sabe donde le aprieta el zapato: indaga por medio de sus espías todo cuanto ocurre en los sitios públicos de la ciudad, y aun en el seno de las familias: y provisto de noticias que casi siempre se confirman, hace alarde de su ciencia, y aun ha llegado á adquirir mucho crédito.

— De buena gana me entretendria un rato escuchándole por mera curiosidad.

— ¿Por qué no? Solo siento no poder detenerme con Vd. porque es un perillan que me divierte; pero tengo que firmar unas letras, y así le dejo á Vd. No tiene Vd. mas que dirigirse á esa plazuela, y oirá maravillas. En todo caso no olvide Vd. que le espero á comer.

Dicho esto se separaron, y Enrique entró en la plazuela.

El adivino estaba en aquel momento en su trono, es decir, en pie sobre una mesa; á su izquierda tenia una pequeña caja de embasar azucar cubierta con una sábana, y sobre él varios frascos. Su postura era la que un profesor de baile recomienda á sus discípulos para la terminacion de un pas de basque: su mano derecha levantaba en alto una botella vacía que habia contenido póter, y á cuyo cuello habia fijado un papel en forma de pala de jugar la pelota, en el cual se veía un ilegible letrero; por último con el índice de la izquierda mostraba á

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 188

MADRID 15 DE JULIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.

### ENTES INSUFRIBLES.

Se echa á rodar un hombre por esos mundos de Dios, si no tiene otra cosa mejor que hacer, y á cada paso que dá solo encuentra motivos que le hacen maldecir de la hora en que nació. Si es pobre, tropieza con ricos que le insultan con su opulencia; si rico, con pobres que le piden limosna en tono de *la menor*; si jóven, con viejos y viejas, á quienes por política tiene que ceder la acera, aun cuando lleve la derecha; si viejo, con jóvenes aturdidos que le dan de codazos al pasar al compás de la aria final de la *Lucia*.

¿Quién vive así?... Pero alguno dirá que en todo halla el hombre su compensacion; que lo que le sucede al rico, por ejemplo, no le sucede al pobre, y así en cuanto á las demas hormigas que pueblan este roto y apollillado mundo. Sin negar esta estupenda verdad, responderé yo al que así discurra que hay cosas que necesariamente acontecen á todos los hombres, y que á todos los hombres abruman y encocoran y asesinan. ¿Se quieren pruebas? Pues allá van.

Antes de ayer fui á visitar á una dama de esas que primero se dejan morir sin sacramentos que recibirlos sin embadurnarse el rostro de colorete. Pues señor; á pesar de que el asunto que á su casa me llevaba le urgía á ella mas que á mí, me obligó á hacer antesala por espacio de tres horas mortales, ¿Y saben Vds. por qué? Porque el peluquero, que es su demonio familiar y diario, le estaba aderezando el pelo: la condenada sufría aquel martirio con paciencia y me lo hacia sufrir á mí solo por tener el gusto de parecer á mis ojos hermosa.



¿Quién es el guapo que se libra hoy de semejantes coquetías?

Ayer entré en el despacho de un boticario, hombre que se levanta al amanecer y que malgasta el día en adquirir noticias y en murmurar de las siete octavas partes de la vecindad. Un hermanito que Dios me ha dado, á falta de recursos para medrar, se acababa de romper la crisma contra los vidrios de un balcon y se habia hecho dos grandes heridas. ¿Creer Vds. que el boticario se apresuró á aplicar algun remedio al angelito, que berreaba como si fuera un diablillo sumergido en agua bendita? Nada de eso: estaba el hombre con una baraja en la mano y en actitud contemplativa, aunque para disimular su aficion á la lectura del catecismo de cuarenta hojas tenia á caballo sobre la nariz una gruesa caña rajada por la mitad, precaucion que dicen es muy útil á los boticarios para que no se les introduzca el polvillo que despiden cier-

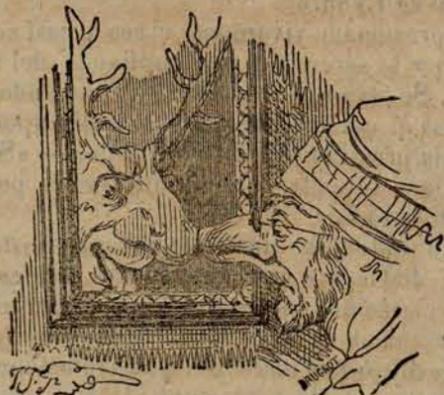
tas drogas cuando las machacan para su preparacion.



Sea lo que fuere, el susodicho boticario estornudó seis veces, guardó su baraja en el bolsillo, se quitó la caña de las narices, tomó un polvo, examinó las heridas de mi hermanito y nos envió á otra botica diciendo que se le habia concluido un bálsamo líquido que nombró. De buena gana le hubiera pateado el cuerpo á mi sabor.

¿Y existe por ventura algun hombre tan feliz que nunca haya tenido que habérselas de grado ó por fuerza con una de esas criaturas indiferentes, egoistas y homicidas de la paciencia?

¿Y qué se me responderá cuando asegure que esta mañana he encontrado á dos amigos míos, uno enfrente de otro, muy contentos y alegres, por haberse convertido voluntariamente en.....



Hablemos ahora con formalidad. ¿Merece este mundo ni todo lo que en él se contiene que nos demos los hombres de calabazadas contra las paredes para parecer algo? ¿No estamos seguros de vernos á las primeras de cambio despreciados por los que son mas aborrecidos por los que son menos, siempre á merced del falso amigo, de la muger inconstante y hasta del perro y el gato?

¿Cuanto mejor es ahorcarse! Yo lo he intentado esta noche por librarme de las plagas de nuestra culta sociedad, pero no tenia cuerda á mano, y creyendo que seria lo mismo, me enlacé el pescuezo con mi corbata. ¿Que sucedió? Que yo no contaba con la huésped, es decir, con mi demonio familiar: este bribon se plantó de un brinco sobre el hierro, al cual habia amarrado yo las dos puntas del pañuelo,

desató el nudo, y me hizo dar contra el suelo una soberbia costalada.



La costalada y la reflexion me han hecho renunciar por ahora al suicidio, pues he llegado á conocer que tan necedad es el matarse como el vivir.

EL MISANTROPO.

### REVISTA DE TEATROS.

En la noche del 8 del corriente tuvimos el gusto de asistir á la brillante funcion que dió la sociedad de *la Union*. Desde que pisamos la espaciosa escalera, empezando á gozar, pues cubierta por un lado y otro de mazetas llenas de olorosas flores, embriagaban los sentidos con sufragios, y cada escalon que se iba subiendo era un nuevo olvido de los pesares de la vida.

El salon de reuniones presentaba una vista sorprendente, elegancia, niñas hermosas, galantes caballeros, animacion y orden, era lo que se veia por todas partes; y con tales elementos es fácil soñar despiertos, una completa felicidad.

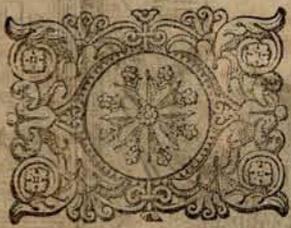
Cada cual con su razon comedia en tres actos de D. José Zorrilla la que ejecutaron en esta noche las señoras de Sataminos y Escalante, y los señores Montemar, Peñalosa y Puig, que nada dejaron que desear arrancando verdaderos aplausos de la brillante sociedad que encerraba el salon. Finalizada la comedia la graciosa señorita doña Natividad de Rojas salió á cantar un aria de la *Gemma*, que fue aplaudida, acompañándola al piano el distinguido profesor don Joaquin Espin. Despues dicha señorita cantó dos canciones andaluzas que la sociedad aplaudió con furor y con justicia, porque en este género de canto, la señorita Rojas tiene muy pocas competidoras en Madrid, y la aconsejariamos que escojiera siempre esta música, pues con ella arrebatará al que la escucha y alcanzará cada dia mayores triunfos.

La brillante y animada reunion deseaba oír mas música española, y un clamor general pidió que el Soriano Fuertes cantase su linda y animada composicion con el titulo *á los toros*, y complaciente este apreciable profesor se sentó en el piano, recibéndolo la sociedad con una salva general de aplausos. El genio festivo del señor Soriano Fuertes nos hizo que oyésemos otra notabilidad artística que habia en el salon. La cancion de *á los toros* concluye: *ahí está, huy huy huy!! ahí está; y al llegar á este final*

le añadió el festivo español; *ahí está Sinico, huy huy huy!! ahí está.* Una revolución completa causaron estas palabras en el salón. Impedida toda la sociedad por un mismo pensamiento; QUE CANTE SINICO fue el grito que se oyó por todas partes.

Este distinguido artista complació á la sociedad cantando *Los toros del Puerto y el Caballito*; canciones españolas dichas con mucha gracia y en las que dió el señor Sinico una prueba inequívoca de las simpatías que le unen á los españoles, y el aprecio y distinción que les merece. La sociedad lo aplaudió con furor, saliendo todos complacidos de tan buen rato y sintiendo que estas horas de placer y felicidad sean tan escasas.

Sabemos que LA ESCUELA MUSICAL bajo la dirección del distinguido profesor don Mariano Soriano Fuertes dará principio á su enseñanza el día 1.º de agosto, en el local del Instituto Español atrasándose su apertura por las circunstancias políticas. Sigue abierta la matrícula, en el almacén de música de Lodre, Carrera de San Gerónimo, y en la secretaría del Instituto Español.



## IMPREVISION.

Alegre y serena vuela la mariposa en torno de una luz, y dando sus cien giros sobre ella.... dibuja en el aire círculos de magia, y se retrata gigante en el suelo. Ora imita el cansado volar que tiene cuando busca muerta el cáliz de una flor; ora cruza rápida como cuando amante busca á su amada; ya se afana por estrellarse contra su llama, curiosa, inconstante, amiga de la claridad del día; ya cae de alto sobre ella tal vez para beber en ella.... como el beodo que juega en torno de una hoguera. Cuando goza mas de aquel resplandor en que vive turbada é inquieta, cuando ya cae perdida, ciega, atolondrada, es devorada al punto por aquella llama, en torno de la que tanto había gozado.

El niño, con la sonrisa que resplandece en su rostro y la inocencia que brilla en sus miradas, persigue á la mariposa que voluble vuela presurosa sobre el campo. Corre, se impacienta, rasga sus vestidos, desgarrá sus manos en el rosál que oculta sus espinas, y mientras que la mariposa corre, vuela, pasa, se oculta, se pierde y vuelve á aparecer, y juega con las flores, y juega con su amada, el niño la sigue, la pierde, la persigue, le habla, le mima.... se cansa, se fatiga y se rie de como burla su afán. Cuando va á tenerla entre las manos, cuando acosada fuertemente la mariposa bate ya sus alas con desmayo, cuando mas esperanzas tiene aquel niño.... el niño alegre, el niño inocente, el niño que persigue á la mariposa cae en un abismo, herido de muerte.

La muger que siente en su pecho una necesidad de amar, que tiene depositado en su corazón un puñado de sentimiento que regalará al que se jure su amante; cándida é inocente se entrega en brazos de este, escucha sus locos desvarios, y cuando mas goza de su amor, cuando siente en su pecho los dulces arrebatos de esa pasión que carece de idioma en los labios.... la infeliz, pobre mariposa, incauto niño, sucumbe y se pierde.

El hombre que al lado de la cuna ya empieza á gozar de la vida, el hombre que en sus sueños de oro ve una era feliz, y llamado por Dios á una existencia rica y engalanada, se levanta con su ropa de lumbre, y se entrega también en brazos de la sociedad.... ¡Infeliz! Cuando mas le acarician las falsas promesas de esta querida tan orgullosa, cuando llegan á sus oídos las mas dulces palabras de esta querida tan ingrata al desgraciado.... pobre mariposa, incauto niño, é in-

feliz muger, cae en tierra pálido, rendido, y lamentándose de su imprevisión.

¡Oh! tal es nuestra vida: de esta suerte se deshace nuestra felicidad.

A. NEIRA.



## ANTIGUA CAUSA CRIMINAL

DE  
LESURQUES.

(Continuacion.)

Durochat no opuso mas que débiles negativas, y le llevaron de nuevo á la Consergeria, donde el ciudadano Daubenton le hizo sentar en los registros como reo de la misma causa seguida contra Couriol. Desde el siguiente día el magistrado, asistido del ciudadano Masson, ugiere del tribunal criminal, procedió á trasladar al preso á la cárcel de Melun, donde llegó la misma tarde. Habiéndosele tomado la instructiva al día siguiente por la mañana, era necesario trasladarlo también á Versailles en donde debía ser juzgado.

El magistrado y el ugiere salieron seguidos de cuatro gendarmes para conducir el preso á Versailles. Cuando llegaron á una aldea cerca de Grosbois pidió de almorzar porque no había tomado cosa alguna hacia veinte y cuatro horas. Detuviéronse en consecuencia en la primera posada; y allí Durochat manifestó que quería hablar en particular al juez de paz Daubenton. Este hizo salir entonces á los gendarmes y aun al mismo ugiere, sin embargo de que este le dió á entender por señas que era prudente permanecer solo con un malvado consumado. Pidió de almorzar para él y para Durochat.

Se sentaron á una mesa; la criada segun las órdenes del ugiere no había llevado mas que un cuchillo, y le tomó el ciudadano Daubenton, y entonces le dijo Durochat mirándole fijamente. «¿Teneis miedo, señor juez? — ¿De quién?» respondió el ciudadano Daubenton. — De mi, replicó Durochat: os arméis de un cuchillo. — Tomad, le dijo el juez presentándole el cuchillo por el cabo, cortadme pan, y decidme lo que teneis que comunicarme sobre el asesinato del correo de Lyon.»

Impresionado vivamente el reo y casi confundido por la serenidad y la confianza del magistrado. Se levantó Durochat; y poniendo sobre la mesa el cuchillo de que se había apoderado con una presteza amenazante dijo: — «Sois un ciudadano valiente! Yo soy un hombre perdido, Lo sabéis todo.»

Hizo entonces una relacion circunstanciada de todas las particularidades del crimen: su declaracion concordaba enteramente con las que había hecho Couriol; y mas esplicito todavía dijo que Vidal era el que había concebido el proyecto y se lo había confiado en una fonda de los campos Eliseos que designó. Los culpables eran Couriol, Rossi (a) Beroldy, Vidal, el mismo Durochat y Dubosq. Este último le había hecho un pasaporte con el nombre de Laborde, con el cual fácilmente pudo conseguir otro para tomar asiento en la mala de Lyon; él le había prestado igualmente 3000 francos en papel. Bernard era el que había proporcionado los cuatro caballos para Couriol, Rossi, Vidal y Dubosq. Rossi fue el que dió el sabazo en la cabeza al postillon, dando su propio caballo al deponente Durochat viniendo aquel á Paris en el del postillon. Luego que llegaron los cinco cómplices se reunieron en casa de Dubosq, calle de *Crois des-Petits-Champs*, en donde hicieron las particiones. Bernard que solo había proporcionado los caballos, se encontró allí y fue remunerado, tomando su respectiva parte. «He oido decir, agregó, que había un particular nombrado Lesurques y que había sido sentenciado; pero debo decir la verdad; jamás he conocido á este individuo, ni cuando el proyecto, ni cuando su ejecucion, ni

cuando hicimos la particion. No le conozco, ni jamás le he visto. — Despues de este crimen me alojé con Vidal calle *des Fontaines*: partí poco despues, cuando supe la noticia de la prision de Couriol. El portero de aquella casa se llama Perrier.»

Arreglada la declaracion por el juez de paz Daubenton, fue firmada por el reo; tomaron inmediatamente el camino de Versailles, y cuando llegaron allí la ratificó ante uno de los jueces del tribunal. «El magistrado, dijo el ciudadano Daubenton, presente á aquel interrogatorio, que ha reproducido en una nota consignada en el proceso, y enteramente escrita de su puño, el magistrado hizo observar á Durochat que sin embargo Lesurques había sido reconocido como uno de los ladrones de la mala; que llevaba espuelas de plata; que se le había visto componerla cuando se le rompió una de ellas, y que esta misma espuela fué encontrada en el parage en que fué atacada la diligencia. Durochat responde: — Era Dubosq el que llevaba espuelas de plata. La misma mañana en que nos repartimos el robo le oi decir que se le había roto una de sus espuelas, que la compuso en la misma casa donde comió, y que la perdió en la refriega; yo mismo le vi en la mano la otra espuela, decia que iba á echarla en una letrina. Durochat da en seguida las señas de Dubosq y agrega que el día del asesinato llevaba una peluca rubia.

(Continuará.)



## LA GUMIA DE UN MORISCO.

III.

(Conclusion.)

La brisa embalsamada, placentera susurra con graciosa melodia vertiendo aromas por la azul esféra: se acerca el nuevo día: la luna ruborosa palidece y presa ya la aurora de alegría con mil iris los prados embellece.

En un palacio de Leon vistoso se agolpan las hermosas, los guerreros en tropel bullicioso á dar mil parabienes lisongeros á un jóven valeroso.

Sobre un sillón de la opulenta estancia una virgen de frente alabastrina pondera del valiente la arrogancia con sonrisa divina.

El Bernesga agitado estiende sus caudales por la vega y hierve ensangrentado en torno de un cadáver atezado y con sus restos la corriente juega.

En el fondo del rio todavía cuando en calma murmura se descubre una rica empuñadura que rióla cual blanca pedrería: allí encontró el infiel su sepultura, allí quedó clavada su Gumia.

J. M. DE ALBUERNE



## TEATROS.

No hay función.